

ANTHROPOS

BOLETIN DE INFORMACION Y DOCUMENTACION

*Con la luz, con el aire, con los seres
Vivir es convivir en compañía.
Placer, dolor: yo soy porque tú eres.*

J. GUILLÉN
Aire Nuestro III, Homenaje

N.º 45-46-47 Extraordinario-6 1985

Enero-Febrero-Marzo 1985

Director: Jordi Domènech
Coordinador: Ramón Gabarrós
Consejo editorial: Jordi Coll, Jaume Roqué, Juan Baró, Francesc Roqué, Esteban Mate, Manuel Oliva, Carmen Muntané.

Asesores: Eloy Terrón y Vicente Romano (ciencias de la información y comunicación); Antoni Jutglar (historia y ciencias sociales); Juan Baró (economía y estadística); Jaume Roqué (ciencias físicas); Francesc Roqué (psicología y ciencias de la educación); Assumpta Verdagué (documentación).

Diseño gráfico: AUDIOVISA
Muntaner, 445, 4.º 1.ª 08021 Barcelona

Documentación: S.I.D.A.
Servicio de Información y Documentación de Anthropos
Enrique Granados, 114 08008 Barcelona

© Grupo A
Edita: Anthropos, Editorial del Hombre
Enrique Granados, 114 08008 Barcelona

ISSN: 0211-5611
ISBN: 84-85887-42-5
Depósito legal: B. 29.255-1985
Fotocomposición: Llovet, S.A. - Barcelona
Impresión: Cayfosa, Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona)

Publicidad y suscripciones:
Enrique Granados, 114, entlo. 2.ª
08008 Barcelona
Tel.: 217 25 45 / 217 24 16

2 Editorial

PABLO IGLESIAS: OBRERO, MARXISTA, REVOLUCIONARIO

- 21 Informe oral de Pablo Iglesias
- 34 Informe de la Agrupación Socialista Madrileña, de Jaime Vera, ante la Comisión de Reformas Sociales
- 54 Último escrito de Pablo Iglesias (*El Socialista*, 8 diciembre 1925)

59 Apuntes biográficos

Datos cronológicos de una biografía

- 60 PABLO IGLESIAS: UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA,
por Enrique Moral Sandoval

71 Documentación

PABLO IGLESIAS Y EL SOCIALISMO EN ESPAÑA

- Bibliografía de y sobre Pablo Iglesias
- 83 El socialismo en la dinámica de la historia contemporánea y del movimiento obrero español

111 Textos y notas

ANTOLOGÍA DE TEXTOS DE PABLO IGLESIAS,

- por Enrique Moral Sandoval*
- 112 I. Punto de partida
- 130 II. Artículos
- 141 III. Discursos parlamentarios
- 162 IV. Correspondencia
- 164 V. Varias opiniones

171 Análisis y comentarios

- ¿Pablo Iglesias, santo?, *por Manuel Pérez Ledesma*
- 176 Un dualismo problemático: la herencia de Pablo Iglesias,
por Santos Juliá
- 180 Pablo Iglesias, los diversos socialismos en España, y la visión de discrepantes en el seno del movimiento obrero, *por Antoni Jutglar*



Un dualismo problemático: la herencia de Pablo Iglesias

Santos Juliá

Hay en el tradicional movimiento socialista español una vieja tendencia, que perduró al menos hasta la guerra civil, a pensar la sociedad y la acción que sobre ella puede colectivamente desarrollarse, en términos de dualidad. Esa tendencia se refería tanto a la realidad social, como a las formas de organización para actuar sobre ella, a las estrategias de la acción que podían elaborarse para guiar a las organizaciones y, en fin, a los tiempos de la historia en que tales acciones se desarrollarían. El origen de esa tendencia, que cristaliza en una verdadera estructura de pensamiento, se remonta a Pablo Iglesias; su herencia, transformada, llegará más lejos.

Durante una larga etapa de su vida, Pablo Iglesias argumentó la negativa estratégica de una alianza con los republicanos basándose en un argumento por el que la sociedad aparecía dividida, cuando no en dos clases, sí en dos bandos. Sin duda, la bandería como concepto para el análisis de la sociedad se prestaba mejor que cualquier otro a teñir el conocimien-

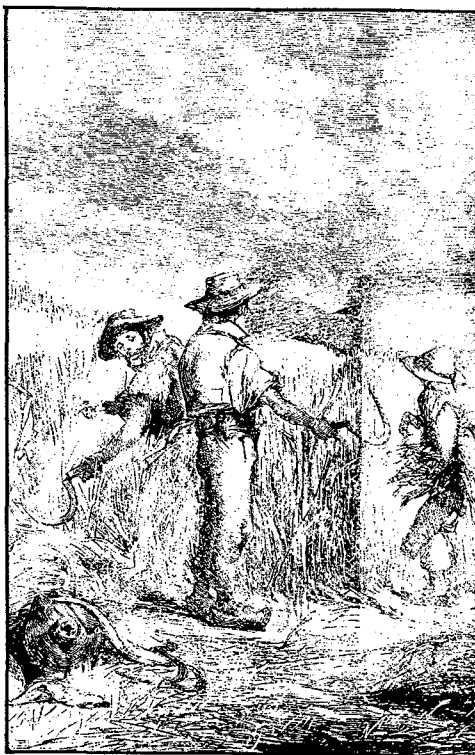
to de la realidad de consideraciones o exhortaciones morales, pero no es ese aspecto de la cuestión el que aquí interesa, sino el específico dualismo conceptual. La sociedad se compone de burgueses y proletarios, y nada más. No que no haya otras clases, categorías o instituciones sociales, sino que todas caminan hacia, o han llegado ya, a alguno de esos dos bandos o ejércitos. Al bando burgués va —o está en él— la aristocracia, la Iglesia, la institución monárquica; al proletariado van todos los hombres que son enemigos de los monopolios o víctimas de ellos y no pueden vivir, en consecuencia, dentro de la clase de los explotadores.¹

Evidentemente, la conceptualización dualista de la sociedad obedecía a un propósito didáctico y estaba en función de la deslumbrante claridad de opciones que se presentan a cualquiera que pretenda intervenir en la lucha entre ellas: hay que estar con los unos o con los otros. Unos representan en sus principios la verdad y, en sus tácticas, la razón; otros sustentan principios erróneos y sus tácticas se fundamentan en el «más completo desacierto». La inevitable elección será, pues, entre la verdad y el error, entre la razón y el desacierto. Quienes opten por lo primero, se encontrarán dentro del movimiento socialista y proletario; quienes por lo segundo, se convertirán en defensores de los intereses de la burguesía. La estructura dual de la realidad social es, en definitiva, el trasunto o correlato de una estructura dual de los principios y las opciones acerca de lo que es verdadero y bueno.²

Esa estructura mental dualista no cambiará por más que cambien las necesidades estratégicas. Así, cuando Iglesias acepte el inevitable pacto con los republicanos, el enfrentamiento entre prole-

1. Véase, por ejemplo, «Burguesía y proletariado», en Pablo Iglesias, *Escritos*, Madrid, Ayuso, 1976, vol. 2, pp. 55 y 56.

2. «Táctica socialista y táctica burguesa», en *Ibid.*, p. 57.



tariado y burguesía se transformará en lucha entre las fuerzas progresivas y el régimen monárquico,³ pero como es evidente, la estructura dual de su modo de pensamiento permanece inalterada. Al enfrentarse a cualquier realidad, Iglesias procede a separar el grano de la paja, los que están con unos de quienes están con los otros, en definitiva, y simplificando, los buenos de los malos: los honrados, íntegros, disciplinados y conscientes, de los ciegos, farsantes, estúpidos, crueles o ineptos.⁴

La división de la sociedad y de las clases, bandos o ejércitos que la constituyen en términos dualistas, encuentra su primer correlato en la doble forma de acción que se propone para cambiarla. Parecería, en un primer momento, que la división dual de la sociedad entre burgueses y proletarios, sin puntos de contacto entre ambos, sólo podría servir de introducción a una concepción estratégica de lucha radical para un inmediato asalto al poder. Sin embargo, los proletarios no sólo pueden sino que deben obtener mejoras en el marco de la sociedad burguesa como único camino para convertirse en buenos soldados del ejército revolucionario. Tal es el fundamento de la llamada acción económica. Comprender las causas de su esclavitud, reunirse, organizarse y constituir entre ellos un formidable ejército, son todas tareas previas y necesarias antes de aspirar a ese todo que proponen quienes «se las echan de furibundos revolucionarios» pero que, en definitiva, no hacen más que conducir al proletariado a la derrota.⁵ Hay, pues, algo que hacer, durante un

período no determinado de tiempo, a través de acciones económicas a las que se atribuye una doble consecuencia: por una parte, los proletarios mejoran su condición económica; por otra, y al mejorar, se convierten en un ejército organizado. La conexión entre ambos pensamientos es muy razonable: sólo podrán obtener mejoras al organizarse, y cuando se organizan, se convierten *eo ipso* en una formación revolucionaria, se preparan para la conquista del poder. Pablo Iglesias —como por lo demás muchos dirigentes obreros del socialismo internacional— no previó el caso de que la mejor organización obrera en las denominadas sociedades de resistencia podía producir, a la par que una mejora en su condición de vida, una integración objetiva en la sociedad que les permitía organizarse y mejorar.

Para garantizar en el plano institucional y legislativo la obtención y consolidación de esas mejoras era precisa, además de la pura acción económica, una acción política. La primera consistía en organizarse para la negociación y la lucha con los industriales; la segunda consistía también en organizarse —tal era la obsesiva preocupación de Iglesias, en un país poco dado a la afiliación en grandes organismos—, pero esta vez para obtener acta de concejal o diputado en puestos de elección popular. Hay aquí ya cierta ambigüedad en esa tan mítica estructura mental que lo piensa todo en términos dualistas, porque lo económico se decide también en organismos políticos. Las tensiones derivadas de los tipos de organización que se crearon para ha-

cer frente a esa dualidad ambigua provocarían, con el tiempo, los más graves enfrentamientos en la historia del socialismo español.

Porque si la acción obrera debía ser económica y política, era preciso crear dos organizaciones, especializada cada una en un tipo de acción. La acción económica sería competencia de las sociedades de resistencia que, en su totalidad, componían lo que se conoció como «organización obrera». Era, naturalmente, la Unión General de Trabajadores. La acción política sería, por su parte, competencia de un partido que sin identificarse con la organización obrera, no podría vivir de espaldas a ella. Era un partido, desde luego político, pero obrero en su militancia y socialista por el objetivo final de su acción. Nació así el Partido Socialista Obrero, llamado también simplemente Partido Obrero en múltiples ocasiones, como representación política de la acción económica llevada a cabo por las sociedades obreras de resistencia.

Este dualismo, que se extendía desde la sociedad, por las tareas o acciones que en ella era preciso realizar, hasta los organismos encargados de realizarlas, afectaba también al tiempo de la realización. Los socialistas defendieron desde el primer momento la necesidad de distinguir entre programa máximo y programa mínimo o entre lo que Iglesias, más prosaicamente, llamaba la «total emancipación» y el «vivir al día». Máximo y mínimo no era sino una forma de dividir en dos el tiempo de la actuación y finalmente el tiempo de la historia. El programa máximo contenía todas las aspiraciones a las que un socialista consagraba su lucha independientemente de que pudieran alcanzarse en el limitado tiempo de su vida. Era, pues, un programa que trascendía a la temporalidad de la existencia individual de la misma manera que el fin que en ese tiempo se alcanzaba —la emancipación— también trascendía a las propias posibilidades de actuación. Engarzado a ese tiempo había el tiempo de

3. Véase para esto Antonio Elorza, «Los esquemas socialistas en Pablo Iglesias (1884-1925)», *Sistema*, n.º 11, octubre 1975, p. 71.

4. Según el «sistema de adjetivación» de que hablan Luis Arranz y otros en «La producción ideológica de Pablo Iglesias: Ensayo de clasificación», *Sistema*, n.º 11, octubre 1975, p. 151.

5. «Sin razón», en Pablo Iglesias, *op. cit.*, p. 89.



la cotidianeidad, o como maravillosamente lo llamaba Iglesias, del vivir al día. Las cosas mínimas que en ese tiempo era preciso realizar no lo eran tanto porque careciesen de relevancia para el futuro —todo lo contrario: el futuro se asentaba en ellas— sino porque marcaban el listón más acá del cual ya no era posible identificarse como socialista.

Sociedad dividida entre burguesía y proletariado; acción dividida entre economía y política; movimiento dividido entre organización obrera y partido político; programa político dividido entre lo máximo y lo mínimo: este mundo de claridades dicotómicas no presentó demasiados problemas mientras su crecimiento se basó poco más que en la acción personal de un puñado de dirigentes guiados por la omnipresencia de la escritura de Iglesias. Ciertamente, siempre existía el potencial problema de que la organización obrera planteara acciones económicas cuyos últimos objetivos —necesariamente políticos, aunque no fuera más que porque eran órganos políticos los que tendrían que decidir en última instancia— chocaran con los de la organización política. O bien: que la política propuesta por el partido se presentara a los ojos de los dirigentes de la organización obrera como contraria a los intereses y necesidades de ésta. Sin duda, el problema que tanto tiempo se tardó en solventar acerca de las relaciones políticas con los republicanos —por no hablar de las sindicales con los anarquistas, nunca resueltas— era el lógico resultado de esta dualidad de organización y de concepción de la práctica política y social de la clase obrera.

Con todo, mientras ambas organizaciones no superaron un número estrecho y limitado de afiliados y un ritmo de crecimiento que podía absorberse en la relación personal, los problemas se resolvieron según la manera familiar-amiguista establecida por Pablo Iglesias. Todo se decidía a base de lo que los sociólogos llaman relaciones primarias o cara a cara. El fundamento orgánico consistía en

que, sin que así estuviera establecido, los dirigentes del partido eran simultáneamente los dirigentes de la Unión, y viceversa, siendo la viceversa la que estaba llamada a adquirir mayor hegemonía, ya que era la Unión General, obviamente, la más numerosa y, por tanto, la más poderosa, aunque en pura teoría habría de ser el partido el que estableciera las estrategias políticas.⁶

Con la dirección de la organización obrera y del partido político en las mismas manos se garantizaba, pues, la solución de cualquier problema de la forma más pragmática y sin necesidad de recurrir a complicados argumentos teóricos. Finalmente, eran las mismas personas las que tenían que resolver acerca de las consecuencias políticas de una acción económica o de los objetivos económicos de una iniciativa política. De esta forma pragmática se derivó la primera fuerza de un movimiento que, con cualquier otro tipo de solución, se habría bloqueado ante la insoluble dualidad que constituía su fundamento.

Los problemas comenzaron a surgir cuando graves decisiones políticas provocaron discusiones y disensiones entre los dirigentes del movimiento, lo que, por otra parte, coincidió con los momentos de crecimiento sindical y de entrada de un nuevo tipo de afiliados en el partido. No puede atribuirse a la casualidad ni a

6. El «pablismo», según Juan Andrade, convirtió a la organización política en una «escuela de administradores sindicales»: véase Manuel Pérez Ledesma, «Prólogo» a Pablo Iglesias, *op. cit.*, vol. 1, p. 30.

meras cuestiones de ideología, sino a razones de estructura y dimensión de las organizaciones y a la pluralidad de elementos afiliados, el que Pablo Iglesias tropezara en los años diez con graves dificultades para seguir controlando ambas organizaciones. La UGT, aunque siempre de limitadas dimensiones, superaba ya la magnitud en la que es posible controlar a base de relaciones personales, mientras que el partido comenzó a engrosar sus filas con una presencia también limitada pero significativa de profesionales y empleados. Que las crisis se produjeran en torno a la discusión sobre las actitudes políticas que debían adoptarse ante la Guerra europea o la Revolución rusa prueba bien que las dificultades de este tipo de organización dualista —con su correlato en una dualista estructura de la mentalidad, si así puede llamarse a la tendencia a pensar el todo como compuesto por dos elementos— iban a proceder del lado político más que del económico o sindical. Que finalmente las iniciativas políticas de algunos socialistas que no contaban con apoyo sindical estuvieran condenadas al fracaso —como ocurrió con los sectores escindidos del PSOE para crear la Sección española de la Internacional Comunista— mostraba por su parte que la última palabra respecto a las decisiones políticas la tenía la organización obrera —el sindicato— más que la propia organización política —el partido—.

Esta es, me parece, la más significativa de las herencias dejadas por Pablo Iglesias. El célebre obrerismo que tanto se le reprochó no era resultado de una predilección ideológica, de una manera de ser, sino del tipo de organización que edificó y cuyo dualismo sólo se podía resolver por medio del control sindical del partido político. Y así, fue, en efecto, como ocurrió en el futuro. Ya desde 1918 a 1919, las novedades introducidas en los estatutos de la Unión le atribuían una finalidad que superaba los límites de la acción económica para asignarle la «tarea plenamente socialista» de controlar las fuentes



naturales y sociales de la producción.⁷ Como se hizo evidente desde el primer momento, esta definición de una tarea política —socialista— en el programa de una organización obrera, exigía de inmediato una nueva forma de entender las relaciones entre el sindicato y el partido. Ya no bastaba la antigua forma familiar, a base de relaciones cara a cara con la que Iglesias pretendió superar el dualismo. Era preciso encontrar, como decía el más cualificado heredero de Iglesias, una «forma orgánica» de colaboración.

No es una casualidad que esta forma orgánica de colaboración se propugne en el momento de esplendor de la Dictadura. Largo Caballero y, en general, la plana mayor del ugetismo estaban de acuerdo con el sistema de relaciones laborales puesto en marcha por Primo de Rivera. La presencia de las sociedades de la Unión en la discusión laboral era, o así se creía, el primer paso de un proceso por el que la UGT tendría una creciente representación en el control de la producción y en la gestión de los municipios. El futuro de la economía aparecía inexorablemente destinado a que la UGT acabara por convertirse en gestora de la producción y distribución de bienes. Con objeto de preparar esa futura responsabilidad, la UGT reivindicó, por una parte, la organización corporativa laboral y, por otra, el control sindical de la industria. Además, las sociedades obreras se veían empujadas por la misma ley —según afirmaba Largo Caballero— a participar en la gestión de los municipios, ya que se establecía una vía corporativa de representación municipal que debía ser ocupada por las sociedades de oficio. ¿Acaso no era todo esto participar activamente en política? Sin duda, pero la UGT no podía transformarse en partido ya que eso —siempre según Largo— entrañaría una división suicida del pro-

letariado. Largo no razona, pues, por la propia naturaleza de la acción sindical o económica como algo específico de la UGT, sino por la inoportunidad o nefastas consecuencias que tendría la conversión de la Unión en partido. Era preciso buscar otra solución que garantizase la activa participación de la UGT en la política. A esa necesidad responde la propuesta de crear un órgano mixto que dirija y encauce la acción común de sindicato y partido.

La propuesta de Largo Caballero, conscientemente o no, convertía al partido en organismo subsidiario y dependiente de la Unión. El partido quedaba como mero representante político de los intereses de la Unión, o como el gran mudo en el caso de que tales intereses no pudieran ser representados por la vía política convencional de la democracia. Esta segunda fue la situación típica de la Dictadura, que presentó un considerable fortalecimiento de la Unión simultáneamente con un debujamiento del partido, cuya actuación pasó a un segundo plano mostrándose incapaz de proponer cualquier vía alternativa al fuerte compromiso sindical con las instituciones de la Dictadura.

Ahora bien, al entrar en crisis la Dictadura y, con ella, la propia monarquía, cabía la posibilidad muy real de que el partido o algunos de sus afiliados tomaran iniciativas políticas independientemente de los intereses de la Unión. Seguramente, la salida de nuevo de Largo Caballero a la discusión pública proponiendo su vieja idea de la

relación «orgánica» entre ambas organizaciones tiene que ver con esta nueva situación. Fiel al meollo de la herencia de Pablo Iglesias, Largo Caballero razona la necesidad de establecer una nueva estructura orgánica argumentando que sólo la «necesidad ha impuesto que el ejército proletario se organice en dos grupos, aunque aparentemente distintos, iguales en el ideal o aspiración: el Partido Socialista y las sociedades de resistencia».⁸ En 1930 no aparecía razón teórica alguna para mantener esa división aunque, por otra parte, no sería procedente realizar ningún tipo de fusiones o confusiones entre ambos. Ciertamente, el problema quedaría resuelto si todos los afiliados a las sociedades obreras se hicieran también afiliados al partido, pero esto era un sueño lejos de cualquier posibilidad. ¿Qué hacer, pues? No quedaba otro camino que establecer entre partido y Unión un lazo que no debía dejarse al azar o a la improvisación, un nuevo «organismo» que habría de ser como una «Federación más, con sus congresos» en los que se elegiría a un comité ejecutivo o director que vigilase por el cumplimiento de los programas acordados.

Ahora bien, el desarrollo pleno de la herencia de Iglesias en que se situaban las propuestas de Largo no podía funcionar más que en un sistema corporativo de relaciones laborales y políticas. Largo quizá se daba cuenta de esto aunque nunca llegara a teorizarlo y, así, además de proponer lo que en la práctica no era más que una forma de control del partido por el sindicato, propugnó ya en el gobierno la plena vigencia de la Organización Corporativa Nacional, que permitía ocupar un primer plano de la política a la Unión General de Trabajadores. Lo que Largo

7. Francisco Largo Caballero, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España*, Madrid, Morata, 1925, pp. 237 y ss.

8. Para esto y lo que sigue, véase Largo Caballero, «Hay que unificar más la acción política de la clase obrera» y «Contestando a observaciones», *Boletín de la Unión General de Trabajadores*, junio y agosto de 1930.



no percibió fue que tal presencia, en un sistema político democrático y no corporativista u orgánico, tenía que convertir las inevitables tensiones laborales —los enfrentamientos con los patronos— y los conflictos intersindicales —especialmente con la CNT, que acusaba a su rival de gozar de una situación de privilegio— en conflictos políticos. Menos aún se pudo prever que entre los conflictos de esta naturaleza, uno principal habría de producirse en el seno del propio movimiento socialista, donde se hizo enseguida necesario clarificar las relaciones entre partido y sindicato en un sistema de libertades públicas y de democracia política que requería de los partidos algo más y distinto que la mera representación política de los intereses de un sindicato.

En el marco de estas inevitables tensiones es quizá donde sea preciso analizar el más duro enfrentamiento ocurrido en toda la historia del socialismo español y que tantas veces se presenta como lucha personal entre los más fieles herederos de Iglesias y los indisciplinados políticos dispuestos a echar por la borda una vieja tradición. Tal análisis excede, sin embargo, el propósito de estas páginas que sólo pretendían indicar la raíz de tales tensiones y situarlas en un dualismo que, si en tiempos de Iglesias pudo resolverse por medio de la acción personal, exigía para un tiempo de política de masas soluciones políticas e institucionales que los herederos de Iglesias no fueron capaces de encontrar. La crisis de 1935 debe situarse seguramente en este marco conceptual.